

El Figaro

VEN!

Para "El Figaro"

Ya el sol apaga en ceniciento ocaso
La luz brillante de sus rayos de oro;

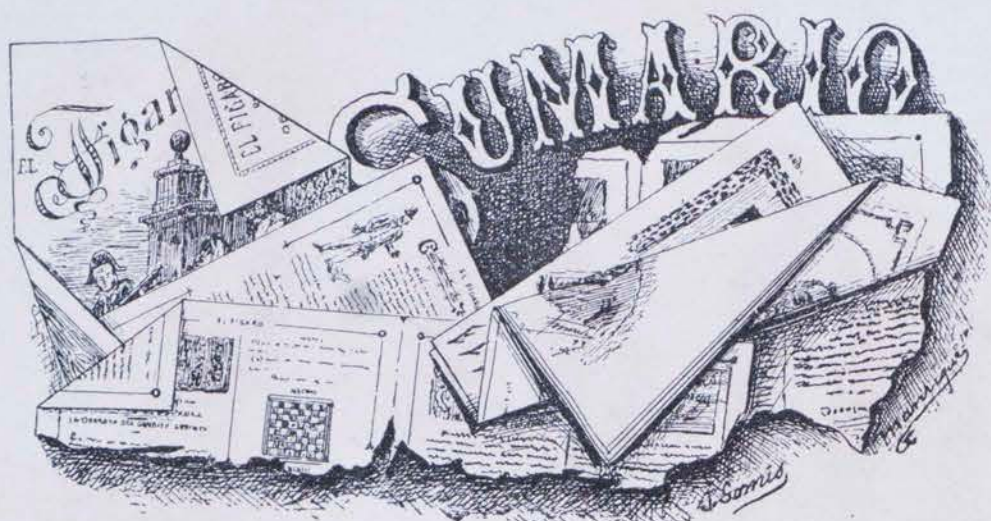
Serenos y tranquilos, al Otoño
Cedieron sus mañanas y sus tardes;
Los árboles, ayer verdes y frescos,
Tapizan con sus hojas amarillas
El monte, el llano, el campo y el otero.
Todo pierde su fuerza, ya la vida
Lentamente se vá; entra el invierno,
Vestido de blanquísimo ropage,

Y si nada hay en el mundo que no acabe,
Y si todo, su luz y calor pierde,
Y si la muerte es vida, y ésta "un sueño":
No me abandones tú, dulce bien mío,
No me niegues tu amor, ni tus alientos,
Adhiérete á mi cuerpo ya aterido,
Abrásame al calor de tu mirada,
Y luz de mi razón, y paz de mi alma!.....

New York Octubre 1894.

CARLOS B. FIGUEROA.

DEL ARRIO.
1895



Texto: Vení, poesía, por Carlos B. Figueredo.—Por una errata, por E. J. Varona.—Enviando un retrato, poesía, por M. Matoses.—A los lectores.—Una interpretación ingeniosa, por Don Ramiro.—Sus trenzas, poesía, por B. Byrne.—Salvador Viada y Vilaseca.—“Los Condenados” [fracaso literario de Pérez Galdós], por M. E. Pardo.—Un “Fausto” ideal, por Francisco Chacón.—GACETINES, por Monte-Carlo.—Album infantil: niña María Herminia Dolz y Martín, por el Conde Kostia.—Las noches de la ópera, por Francisco Hermida.—Error histórico, carta de C. M. de Céspedes.—Bienvenida.—“Una página de historia.”—Amor, poesía, por V. Riva Palacio.—CUENTOS PARA EL FIGARO, traducidos por el Conde Kostia: La Estrella, por Georges d’Esparsbés.—CRÓNICA, por Mefistófeles.—RETAZOS.—ANUNCIOS.

NOVELA PARA EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bolski, por Víctor Cherbulev, traducida por Enrique José Varona.

Ilustraciones: EN LITOGRAFÍA: Título, Variedades, por M. del Barrio.—Danzón “La Verbena de la Paloma” por la señorita Uldarica Alonso.

Grabados: Salvador Viada, Plaza de Recreo de Bejucal, por Spencer.—Niña María Herminia Dolz, por Laporta.—Casa de Céspedes.—Saturnino Manjón.—Catalina Sureda, por Taveira.

PORTADA, por Amato.—Dibujos y viñetas, por Henares, Cilla, Del Barrio, Held, Domingo, Taveira, Spencer y Manrique.

A nuestros lectores.

RECORDAMOS á nuestros abonados que cada recibo de suscripción del presente mes de Enero, contiene cinco números para la rifa del magnífico juego de sala, estilo Luis XIV, que regalaremos al suscriptor cuyo recibo ostente el número igual al que sea agraciado con el premio mayor en el sorteo de la lotería de la Isla correspondiente al 22 del actual.

Dichos muebles están expuestos en casa de Borbolla, Compostela 52, en cuya gran mueblería han sido adquiridos.

Tan pronto llegue á este puerto el vapor correo nacional que se espera de lunes á martes, repartiremos los ejemplares de la revista *Gran Moda*, correspondientes á la 1ª quincena de Enero. Los de la 2ª, como ya dijimos, vendrán del tamaño de *La Moda Elegante*, y mejorados extraordinariamente en sus condiciones tipográficas, ya que en la parte artística y en la que se refiere á modas propiamente dicho *Gran Moda* ha sabido colocarse á la altura de las primeras revistas de su índole.

Todavía proyecta EL FIGARO nuevas é importantes mejoras que, siguiendo su costumbre, no anunciará al público hasta el momento de plantearlas.

Por una errata

Si estuviese yo siquiera levemente tocado de lo que llaman los alienistas delirio de las persecuciones, ha tiempo que habría sospechado una confabulación de los cajistas de la Habana en contra mía. Tal es la tenaz constancia con que se empeñan en hacerme decir lo que no me ha pasado por las mientes. Pero como hasta ahora mi espíritu no claudica de ese lado, habré de convenir más pedestremente en que la culpa es sólo de mi mala letra.

Esto no obstante, algo he de hacer en defensa de la integridad de mi pensamiento; porque si, tras de que éste resulta á las veces más desmedrado de lo que fuera mi deseo, me lo adultera la letra de molde, son demasiadas desdichas para soportadas con paciencia. Cansado ya de escribir cartas y pedir rectificaciones, he determinado escribir un artículo, con motivo de la última mala pasada de que resulto víctima, en este semanario. A mi juicio el caso lo merece. Al tomar la pluma para hacer la rectificación, pensé en el cajista, se me ocurrió todo lo que podría alegar en su defensa, y he resuelto discutir con él un poco, á ver si lo convengo de su sinrazón.

La frase que me atribuye tiene sentido, pero resulta una vulgaridad. El cajista me dirá que así está más al alcance de todos, y que es algo impertinente querer salir de los moldes generales, lo mismo en palabras, que en actos. No carece de razón. Pero fuera de que la impertinencia, si es de esa guisa, puede ser lícita en determinados casos, su frase á más de vul-

gar me parece impropia. Y esto es más serio. La propiedad de la frase es más que un precepto, es casi una virtud; por lo menos es un deber. El escritor debe procurar no inducir á engaño al lector. Harto tiene que hacer éste con interpretar el signo que se le pone delante, procurando fijar el sentido que le dió el autor y penetrar así en su pensamiento; para que de propósito ó por descuido lo enredemos en el laberinto de los equívocos y anfibologías.

Aquí saltará el cajista alegándome que esto huele á doctrina rancia, y que parece quinta esencia de retórica quintilianesca. Los modernistas han cambiado todo esto, y uno de sus maestros ha elevado el *calembour* á la categoría de institución de salud pública... para el verso. Fijar la acepción en que se toma el vocablo, eso es pobreza de ideas. La vaguedad que comunica al pensamiento la expresión equívoca abre perspectivas nuevas, horizontes infinitos al espíritu. El sentido es lo de menos. La palabra ha de ser ante todo musical. Bien lo dijo el gran Verlaine:

De la musique avant toute chose.

Si el escritor ha de medir y pesar cada dicción, para que no se pierda un adarme de lo que quiere significar, renuncia voluntariamente á la libertad de artista y lo que es peor esclaviza al que lee, robándole el placer de las sugerencias delicadas, que son lo más precioso y exquisito del arte. Para eso, valdría más que se adoptase el estilo telegráfico, ó se inventase algún sistema de comunicación semejante al del perro de aguas de Sir John Lubbock, con su pequeña colección de frases hechas: “Tengo sed.” “Tengo hambre” “Estoy enfermo.”

Algo desconcertado yo por este pequeño aluvión de doctrinas novísimas y por la autoridad de un Banville y de un Verlaine, me prepararía á replicar á mi cajista, para ver de que entendiese que la sugestión verdaderamente fecunda es la de la idea clara, que por asociaciones naturales conduce á otras más comprensivas. O que la propiedad no está reñida con la concisión, antes bien la solicita; y que ésta es la que verdaderamente estimula al lector para que se lance á caza de los pensamientos que sólo se le apuntan. Mas aquí me interrumpiría el lector, recordándome que debía haber empezado por el principio, y haber declarado la errata de que me quejo. Es verdad. Pero á las reglas del método pasa lo que á la mayor parte de las reglas. Más se dan que se practican. Sin embargo llamado al orden, diré que en el último párrafo del articulillo *Mi tarjeta*, el cajista se empeñó en hacerme decir *el cimiento de la vida social son los afectos*, cuando lo que yo había escrito era: *el cimiento de la vida social son los afectos*. El lector benévolo y discreto discierne al punto el matiz. No se puede aseverar, sin calificación, que los afectos sean el cimiento del edificio social; porque los hay sobre los cuales sería difícil sustentar nada sólido. Pero sí puede decirse que los hombres están amalgamados y unidos por sus afectos, por todos sus afectos, los buenos y los malos. Quizás en la sociedad futura no sea así; pero hasta ahora tanto se han juntado los hombres para el odio, como para el amor; y quizás, quizás más se han unido para aborrecer, que para amar.

Seguro estoy de que gano mi pleito con los lectores, ¿lo ganaré con los cajistas?

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

EL SR. OLLER

El señor Varona nos pide que manifestemos al pintor señor Oller que tendrá el gusto de contestar su amable carta en el próximo número de EL FIGARO.

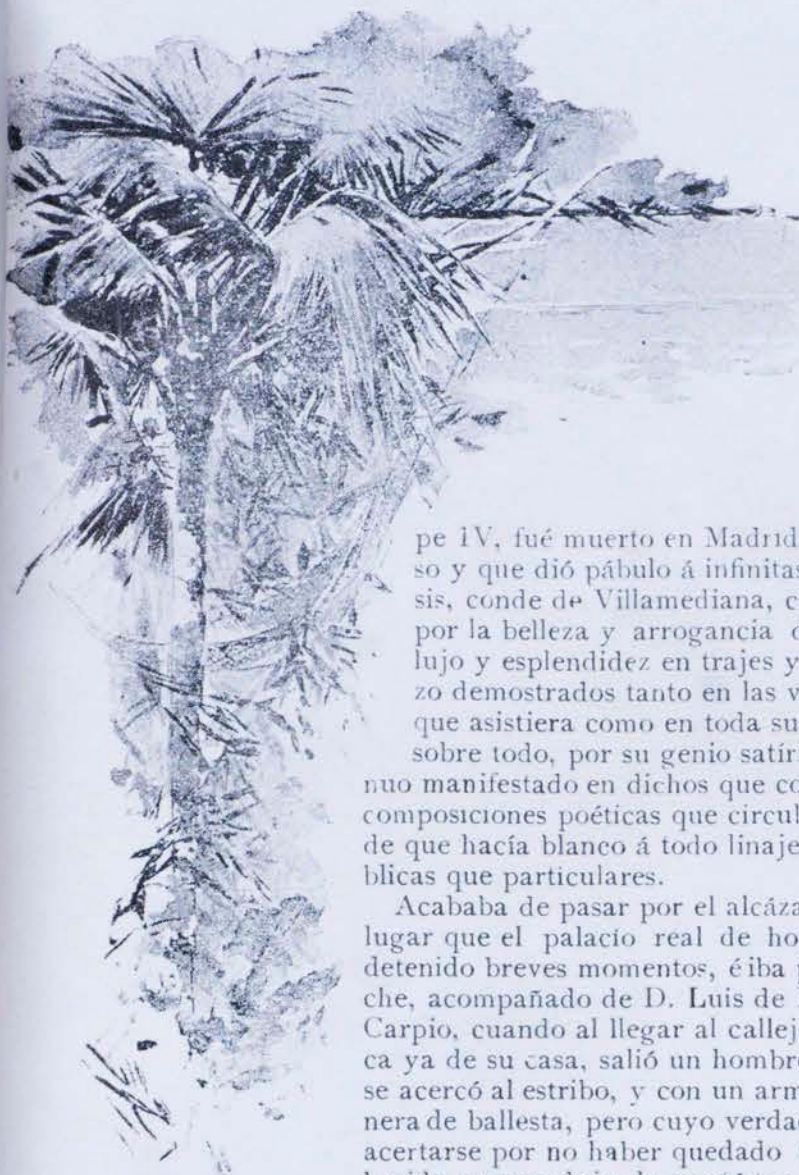
De paso nos complacemos en hacer público que el famoso cuadro “El Verlorio” del ilustre pintor está expuesto al público de 3 á 6 de la tarde y de 7 á 11 de la noche en el mismo lugar que ocupa la Exposición Imperial.

ENVIANDO UN RETRATO

Ahí te envío mi retrato;
ponlo, niña, junto al tuyo
y aunque en efígie, estaremos
de este modo tú y yo juntos.
Mas si en la callada noche
se oye en tu casa un murmullo
de palabras misteriosas
y de suspiros profundos,
nadie extrañe los rumores
de ese concierto nocturno:
serán las fotografías
que tratarán sus asuntos,
será que estaré diciéndote
que este amor honrado y puro
une mi vida á tu vida
como mi retrato al tuyo,
y hallar quiero en tu regazo
cuna, hogar, templo y sepulcro.

M. MATOSES.

Una interpretación ingeniosa



En la tarde del 21 de agosto de 1622, segundo año del reinado de Felipe IV, fué muerto en Madrid de un modo harto misterioso y que dió pábulo á infinitas habillitas, D. Juan de Tassis, conde de Villamediana, caballero de gran notoriedad por la belleza y arrogancia de su persona, liberalidad, lujo y esplendidez en trajes y arreos, valentía y esfuerzo demostrados tanto en las varias funciones de guerra á que asistiera como en toda suerte de ejercicios físicos, y, sobre todo, por su genio satírico y maldiciente de continuo manifestado en dichos que corrían de boca en boca y en composiciones poéticas que circulaban de mano en mano y de que hacía blanco á todo linaje de personas lo mismo públicas que particulares.

Acababa de pasar por el alcázar, que ocupaba el mismo lugar que el palacio real de hoy, en cuya puerta se había detenido breves momentos, é iba por la calle Mayor en su coche, acompañado de D. Luis de Haro, hijo del marqués del Carpio, cuando al llegar al callejón de San Ginés, muy cerca ya de su casa, salió un hombre del portal de Pellejeros, se acercó al estribo, y con un arma que se cree fuera á manera de ballesta, pero cuyo verdadero artificio no pudo nunca acertarse por no haber quedado de ella otro rastro que la herida que produjo, le asestó tan recio golpe, que arrebatándole toda la carne del brazo izquierdo hasta dejarle al aire el hueso, le partió dos costillas y el corazón, y le salió por la espalda abriéndole tal boquete en el cuerpo que cabía por él el brazo.

El conde saltó del coche dando traspies y sin decir otras palabras que "¡Jesús: esto es hecho!" cayó muerto con la mano en el puño de la espada, que la violencia del golpe no le dió tiempo á sacar de la vaina.

El autor de la fechoría no pareció más nunca vivo ni muerto á pesar de las pesquisas de la justicia; lo que, junto con la circunstancia de haber ocurrido el hecho en domingo, en uno de los sitios más públicos y concurridos de la villa, cuanto que era donde se paseaba ó ruaba, como entonces se decía, y al anochecer, hora en que debía aun de haber allí mucha gente, hizo lugar á la sospecha (á la que otros motivos dieron carácter de evidencia), de que no se puso gran empeño en descubrirlo.

Este fin trágico y misterioso ha sido, á no dudarlo, la causa principal de la fama con que pasó á la posteridad el nombre de D. Juan de Tassis. Mil sonetos, décimas y otras composiciones poéticas, cartas y piezas destinadas al teatro, hacen referencia á ese suceso y han contribuido á perpetuar su memoria, envolviendo al protagonista de él en una aureola que ni por sus hechos, ni por su nacimiento, ni por su mérito como escritor se hubiera de otro modo granjeado.

La verdadera causa de su muerte, según tradición no interrumpida desde el día en que ocurrió hasta nuestro tiempo, y según demuestra con muy buenas razones D. Emilio Cotarelo y Mori en un discreto libro de que es autor y en el que recopila cuanto se sabe del conde de Villamediana (*), fué la pasión que se encendió en su pecho por doña Isabel de Francia, primera mujer de Felipe IV; pasión que por lo mismo que no fué correspondida (aunque otra cosa haya podido suponer algún que otro autor no bien informado y de tiempo posterior al suceso), le hizo cometer infinitas locuras que lo pusieron en evidencia; con mengua y desdoro de la magestad real, entregada así á las habillitas del vulgo.

A ello hace alusión la conocida décima de D. Luis de Góngora, que dice:

Mentidero de Madrid,
Decidnos: ¿quién mató al Conde?
Ni se sabe ni se esconde:
Sin discurso discurrid,
Dicen que lo mató el Cid
Por ser el Conde lozano;
¡Disparate chabacano!
La verdad del caso ha sido
Que el matador fué Bellido
Y el impulso soberano.

A la que contestó Lope de Vega con esta otra:

Intenciones de Madrid,
No busqueis quien mató al Conde;
Pues su muerte no se esconde,
Con discurso discurrid:
Que hay quien mate sin ser Cid
Al insolente Lozano,
Discurso fué chabacano
Y mentira haber fingido
Que el matador fué Bellido
Siendo impulso soberano.

Décimas en las cuales, según el gusto de aquel tiempo, se saca gran partido del doble carácter de los vocablos *bellido* y *lozano*, adjetivos y nombres propios é históricos todo á una, y del doble significado que se atribuye así mismo á la voz *soberano*.

Para mí no tiene duda que el haber sacado el Conde en una de las fiestas que aquel mismo año se celebraron en Madrid un traje todo cubierto de reales de plata con la divisa: "Son mis amores", es hecho auténtico, y que lo son igualmente otros que se cuentan y que prueban no sólo que estaba enamorado de doña Isabel de Francia, sino que hacía continua ostentación de ello; pero esas otras anécdotas, que también se refieren, y que pudieran dar margen á la creencia de que fuera correspondido por la reina, son á mi entender fabulosas. Porque ni es probable que de entenderse la reina y el conde de Villamediana hiciera éste tantas tonterías como diz que hizo, ni que compusiera tantos versos al caso como compuso (siendo de toda evidencia que un amante correspondido y en tales circunstancias á menos de ser tonto de ca-

pirote, que distaba mucho de serio el de Villamediana, á nada teme tanto como á verse descubierto), ni es creíble tampoco que pudiera posponer la reina en su corazón un mancebo de gallarda presencia y de diez y siete años de edad que á la sazón tenía el rey, á un hombre que andaba ya entonces alrededor de los cuarenta como D. Juan de Tassis. El argumento no será muy del gusto de los cuarentones, pero es de una fuerza aplastante, mal que les pese. Todo ello aparte de la virtud de doña Isabel, cualidad que le reconocen todos sus historiadores.

Pero dejando todo esto á un lado por no ser aquí mi propósito referir ni comentar tales hechos ni otros algunos tocantes á la vida del conde de Villamediana, diré solamente que entre las muchas composiciones poéticas publicadas después de su muerte y alusivas á su persona, hay una décima de Juan de Jáuregui, cuyos primeros cuatro versos encierran sentido muy oscuro y han dado motivo á varias interpretaciones de las cuales sólo una me satisface: la que les atribuye mi amigo D. Pedro Miralles y Lorca.

La décima á que me refiero es la siguiente:

El oficio, á quien traidor
El corazón le quitais,
Dice quien sois, pues quedais
Sin él, Correo Mayor.
El ser ladrón del honor,
que bárbara lengua infama,
según lo que el mundo clama,
os puso en tan triste suerte:
Que es justo que den la muerte
Al que fué ladrón de fama.

Ni la opinión de D. Emilio Cotarelo de deber de entenderse en los primeros cuatro versos que el Conde sacaba gran provecho de su cargo de *Correo Mayor* (que desempeñaba en España y Nápoles, y en el que había sucedido á su padre D. Juan de Tassis, como lo heredó éste del suyo D. Juan Bautista de Tassis), ni la del ilustre D. Eugenio Hartzenbusch de quererse ahí decir que el Conde se aprovechaba de su indicado oficio de Correo para divulgar libelos infamatorios contra sus enemigos, me parecen aceptables. En cambio la interpretación que da á esos versos el aludido D. Pedro Miralles, fundada en un juego de palabras, ó de sílabas mejor dicho, sobre las que forman la palabra *correo*, artificio ese tan del gusto de aquella época, la creo exactísima.

Hay que tener presente para comprenderla que la voz *cor* significa *corazón* en latín, en antiguo castellano, donde también se dijo *cuer*, y con muy ligeras variantes en todas las lenguas neo-latinas. Ahora bien; quitándole esa sílaba *cor* á la palabra *correo mayor*, queda esta reducida á *reo mayor*, y eso es lo que quiere decirse en lo de *quitar el corazón traidoramente*, ó sea, *por la espalda*, al oficio de *correo mayor*.

Escribiré los versos de modo que se haga palpable esta explicación:

El oficio (*correo mayor*) á quien traidor (*por la espalda*)
El corazón (*la sílaba cor*) le quitais,
Dice quien sois, pues quedais
Sin el *cor reo mayor*.

Y habría que examinar el original manuscrito de Jáuregui ó cuando menos la primera edición impresa de su décima para ver si la voz *correo* del cuarto verso está entera ó partida y si el pronombre que la precede lleva ó no acento, pues si no lo lleva, como yo creo que sucederá, por ser poco comunes tales signos en las ediciones antiguas, hay que entenderlo artículo y no pronombre.

Tales artificios, de tan mal gusto, eran muy del de aquel tiempo, esforzándose los escritores de entonces en ejercer en ellos el ingenio; manía que llevó D. Luis de Góngora al extremo de hacer casi ininteligibles muchas, y absolutamente ininteligibles algunas de sus composiciones poéticas. El mismo conde de Villamediana incurrió en ella frecuentemente, como puede verse en el soneto que comienza:

Montanchez, un herrero fanfarrón,
Por sólo parecer buen oficial,
De los *yerros* que hizo un cardenal,
Quiso forjar de nuevo un *calderón*,

donde se juega con los vocablos *yerro* y *calderón*, por la analogía de pronunciación del primero á la que tiene la voz *hierro* y por la identidad entre el apellido del ministro D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias y la palabra *calderón* en su natural significado de *caldero grande*.

Muchos conceptos oscuros así de Góngora como de Lope de Vega y de otros muchísimos escritores de aquel siglo, deben ser interpretados, ó desechados, mejor dicho, por procedimiento análogo al acabado de exponer.

Enero, 95.

DON RAMIRO.

SUS TRENZAS

(DEL ÁRABE)

Negras, como las penas borrascosas,
negras, como terrible maldición,
eran las trenzas largas y sedosas
de aquella que á sus plantas me rindió.

Sus trenzas, descendiendo por su espalda,
semejaban de sombras vasto mar,
y eran, sobre su frente, una guirnalda
ante la cual no he de extasiarme más.

Cada cabello suyo mil acentos
me arrancaba de fervido placer,
suspiros me arrancaba y pensamientos
¡qué sé yo cuántas cosas á la vez!

No hay en tu furia ¡oh Muerte! á quien no venzas;
mi adorada ante tí no pudo huir,
y desde entonces, al no ver sus trenzas,
siento que alguna cosa ha muerto en mí.

B. BYRNE.



[*] El conde de Villamediana.—Estudio biográfico-crítico con varias poesías inéditas del mismo, por D. Emilio Cotarelo y Mori. Madrid, 1886. Rivadeneyra, editor.



Salvador Viada y Vilaseca

Tenemos la honra de presentar á nuestros suscritores el retrato de un cubano ilustre, que ha brillado en la magistratura española y ocupa hoy un puesto en el más alto y respetable tribunal de la Nación, en el Tribunal Supremo de Justicia.

El Sr. Viada, que ha sido de los que han seguido su carrera paso á paso ha ascendido, desde el modesto cargo de Promotor Fiscal, hasta el mencionado Tribunal, merced á sus relevantes dotes de jurisconsulto.

Su obra "Comentarios al Código Penal de 1870," que ha obtenido ya varias ediciones, es la Biblia de nuestros abogados, jueces y magistrados, el libro de consulta diaria de todos los que se consagran á las nobles tareas del foro, y á ella acuden también anhelosos de conocer la ciencia penal, los estudiantes de derecho.

El señor Viada era abogado fiscal del Supremo cuando allí se resolvió la famosa causa del crimen de la calle de Fuencarral y con tal motivo dió á luz su acusación fiscal que es uno de sus más notables escritos forenses.

“Los Condenados”

(FRACASO LITERARIO DE PÉREZ GALDOS)

El drama fué mal acogido por el público desde las primeras escenas hasta la conclusión, sin que nadie encontrara en él, ni por asomo, cosa alguna digna de los honrosos antecedentes literarios de su autor.—*El Liberal*.

Con verdadera y profunda tristeza tenemos que confesar el fracaso: ... el público síscó la obra del excelso maestro.—*El Imparcial*.

La comedia de Pérez Galdós no fué del agrado del público.—*El Globo*.

Fuó una derrota....—*El País*.

Etcétera, etcétera,....

DESDE que comenzaron los ensayos muchos amigos y admiradores del señor Pérez Galdós se hacían lenguas de la obra, extremando el entusiasmo hasta la idolatría: que era una maravilla dramática; que ni Tamayo, ni Echegaray ni Sellés, fueron ó serían capaces de urdir semejante argumento; que era una cosa del otro jueves y que venía á quitar monos muy altos y á bajar muchas reputaciones del tejado.... Tales cosas se dijeron y las dijeron de tal modo que, requeridos por la curiosidad, decidimos presenciar los últimos ensayos varios miembros del *Bilis Club*, como apellidan algunos á esta inocente reunión de periodistas que celebra á diario sus sesiones en la Cervería Suiza, y de las cuales sesiones hablaré largo y tendido en una de mis próximas crónicas. Nuestra asistencia á los susodichos ensayos dió lugar á cuchicheos; se zurcieron historias, se inventaron anécdotas; se tarsetearon chismes inconvenientes; se acusó á Luis Taboada de haber forzado una agudeza sobre una frase de la obra, y se armó tal bullanga luego, que intrigado don Benito pidió la lista de los criminales y suprimió de una sola y terrible plumada los nombres de aquellos que tenían butacas “de favor” en el teatro de la Comedia. Así las cosas llegó el día del estreno de *Los Condenados*; los revendedores sacrificaron á media humanidad, pero media humanidad estaba dispuesta aquella noche al sacrificio, y ante una grande y solemne espectación de literatos, críticos, periodistas y público profano (?) comenzó el drama cuyo argumento es.... ¿Como narraré yo este laberinto dramático?.... ¡Qué diablos! Lo diré en dos palabras, porque supongo lector, y perdona si te calumnio, que no lo entenderías si te lo refiriese con todos sus caprichosos y enmarañados pormenores.

* *

Salomé, “una señoritinga” de pueblo con arrechuchos de mujer romántica, se ha fugado con su novio, y este novio es un tal Martín Bravo que bajo el nombre de José León anda cometiendo todo género de fechorías en el valle de Ansí: se guarecen en un castillo destartado y sucio en donde la señora Mónica, anciana que vive en olor de santidad, los mantiene de limosna. Una tarde salió el bandido al campo y los tíos de la muchacha aprovechando esta ocasión, entran al castillo, convencen á Salomé de la infidelidad del ladrón y se la llevan tan tranquilos.

Cuando regresa José León y se encuentra sin su mujer todo el mundo exclama:—Aquí viene el conflicto.—Pues, no señor: aquel desafortado que mata, incendia y roba por sport, se echa á llorar como un chiquillo y preciamente la lógica exige lo contrario: lo natural era que un hombre de semejantes condiciones se quitara de ruidos y acabara con medio mundo hasta conquistar á su adorada Salomé.

Pero no adelantemos comentarios que tiempo hay para ellos. Aquí viene el tercer acto á sacarnos de dudas. Salomé aparece loca en un convento, y para convencernos de su derecho expone en un largo discurso y nada menos que en tan avanzado fin de siglo, sus teorías sobre escalamiento, con violación y otros excesos....

(El público se ríe de la inocentada.) En este discurso le sorprende Santiago Paternoy, un señor que nadie sabe si es cura ó seglar, pero á quien respetan todos en el pueblo, y le aconseja que se meta á “sacerdote.” Y oh poder de los consejos oportunos! el saltador de Pepe León se siente santo y como en ese instante saliera una procesión de la iglesia cercana, él la detiene en todo el medio del arroyo y pronuncia otro discurso como cualquier diputado elocuente para confesar sus culpas y dedicarse á la religión en cuerpo y alma.

Ahí concluye el drama y concluye, gracias á la firma de Pérez Galdós: si

es de otro la obra, se arma un “pateo” desde la mitad del segundo acto, porque aquello no tenía piés ni cabeza y más que drama resultaba una lata indigna de autor tan renombrado. Las primeras escenas—valga la verdad—fueron escuchadas en medio del más respetuoso silencio; pero, luego, el público de buena fé, empezó á dar inequívocas demostraciones de aburrimiento, y al final los síscos y las protestas sustituyeron á los antes pacíficos murmullos del disgusto.

Y no hay que darle vueltas, el público tenía razón. Sobre que el asunto es harto poco interesante para conmover á nadie y sobre que allí no hay drama en el sentido que suele darse hoy á esta palabra, sino comedia descabellada, apenas si se descubre en los diálogos al ilustre autor de *La loca de la casa*. Ya no es una equivocación lamentable, como en los estrenos de *Realidad* y *Gerona*; es una equivocación fundamental; de principio á fin. Figúrense ustedes á un hombre que se desprende desde lo alto de una escalera y en la caída no encuentra apoyo: claro; que se rompe el bautismo sin remedio. Y Pérez Galdós se cayó desde el primer tramo. “Ni la bandera roja y gualda de los *Episodios Nacionales*—advierte un maestro de la crítica, el señor don Eduardo Bustillo—puede hoy cubrir y amparar con sus gloriosos recuerdos un desvarío escénico tal como *Los Condenados*, sin calificación posible en la dramática.”

Nada más claro ni más terminante. En *Los Condenados* hay una Santa Mónica que atropella á Cristo, al jurar por la hostia consagrada que José León se había escapado, cuando el populacho intentó matarlo en el castillo; hay un sacerdote ó cosa así, Santiago Paternoy, que encubre unos amores criminales; una Salomé, tonta é inverosímil, que se vuelve loca y habla como loca y como tonta á la par, hasta falsear el carácter y exponerlo á las iras del público sensato; y un bandido de guardarrropía, José León, que es una copia desnaturalizada de don Juan Tenorio; un fiero bandido que se come á los hombres crudos y luego cuando necesita de todo su coraje, es decir, cuando le roban la mujer, se echa á llorar como un imbécil.

Por donde quiera que se les mire, todos los personajes son falsos; y para más triste añadidura, todas las situaciones dramáticas incoloras, todos los recursos literarios pobres; amén de otras faltas de mayor cuantía, como son esas tiradas de interminables monólogos que hacen sudar al público y sobre todo, á los infelices actores que, con tanto y tanto “perorar,” acaban por no saber lo que se dicen. De aquí, que los personajes que figuran en este drama de Pérez Galdós, resulten ateneístas á ratos: el José León, verbi gracia, cuando entra á robarse á Salomé, se olvida de su papel de ladrón y empieza á filosofar sobre lo azul del cielo, y otras majaderías de relumbrón, y es en tan interesante discreto donde lo sorprenden los tíos. En fin, y para decirlo de una vez: el drama ó melodrama, porque la obra no tiene filiación conocida en el arte, es una lata en tres actos, imperdonable de todo punto en un escritor ilustre, glorificado por la crítica y reconocido de todo punto en un como el primero entre los primeros novelistas españoles.

* *

Por otra parte, el señor Pérez Galdós que hasta hoy ha sido un novelista insigne, una gloria nacional, como si dijéramos, debe convencerse después de este último desastre, que él no ha nacido para dramaturgo. Los que están enterados al dedillo de lo que pasa con las comedias de don Benito de jamás con la trastienda de bastidores; es más: juran algunos que no juran en vano que si se representaran las obras tal cómo él las escribe, la representación duraría una noche entera: de modo, y manera que, según informes, llevó Galdós á la Comedia. Después de la lectura de ley se le suprimieron veinte escenas, en el primer ensayo otras veinte y así sucesivamente hasta dejarla en un librito enclenque, cuya mejor recomendación viene á ser el estreno desgraciado que duró cuatro horas, sobre poco más ó menos.

Y no vale llamarse á engaño: mientras D. Benito continúa encariñado con la dramática donde no llegará nunca á la altura que ha llegado en la novela; el santo, es decir, el público le dará siempre la espalda. Y es lástima que novelista de tan subido mérito se empeñe en tareas que no realza en absoluto, menoscabando de tan triste manera su grandeza de escritor.

Madrid, 26 de diciembre de 1894.

MIGUEL EDUARDO PARDO.



Un * "Fausto" * ideal

IMPRESION NORTENA

MI queridísimo y culto amigo el gacetillero de *El País*, publicó hace días una gacetilla con el título "En todas partes cuecen habas," en donde copiaba una crítica ó cosa así, de un periódico *new-yorkino*, acerca de la ópera *Guillermo Tell*, crítica en la que salían mal parados los artistas del *Metropolitan*, y de esto deducía el traductor que en todas partes cocían habas. ¡Pero qué habas las que cuecen en el *Metropolitan*! A más, ese fracaso—relativo—de *Guillermo Tell*, fué debido á que súbitamente indisputada la Ducille Hill, encargada del papel de Matilde, lo hizo Libia Drog, mujer muy bella, pero en verdad, una de las partes de menos valer en la Compañía; eso, pues, pasa en cualquier teatro y á cualquier empresa. Dejemos á un lado comparaciones inútiles, no nos metamos, por Dios, á creer que las habas de allá—diariamente servidas—puedan ser, ni por pienso, aceptadas por un público que se dá *el gusto*, para proporcionarse *el gusto*, de pagar cinco pesos por la luneta; no sentemos plaza, locamente, de *jaclanciosos*, conformémonos con lo que tenemos, ó sea, *ópera barata*; seamos muy benévulos con la empresa, y no miremos, procurando escudriñar los defectos, lo poquísimo que tiene de malo, la compañía que actúa ahora en New-York, que es la mejor del mundo, á juicio de los inteligentes.

Y se me ocurren las anteriores reflexiones que dictan mi amistad al gacetillero de *El País* y mi amor á la verdad y á la justicia, recordando hoy el *Fausto* que ví anoche,—por primera vez—tal y cómo yo me figuré siempre el grandioso poema musical de Gounod.

Juan de Reszké no merece pertenecer á esta época vulgar y mercantilista; si existiera la metemscopsis diría que encarnó en el espíritu de algún caballero—gallardo y rubio—de la edad del amor y de la bazarria. Es, en todo y por todo, un señor *medieval*. En el tercer acto—en la escena del jardín que presentan soberbiamente en el *Metropolitan*—me parecía tener delante al amante ideal de alguna soñada Margarita. Lleva, como nadie el traje elegante del Fausto encantador. ¡Qué elegancia en sus movimientos; qué corrección en sus maneras, qué modo de cantar tan delicado, tán artístico; qué amor el que expresa tan suave, tan voluptuoso. No hubo, cuando salió á la escena en el segundo acto—ya convertido en el Fausto joven, enamorado, decidior—manos de mujer, fina y enguantada, que no llevaran á los ojos los gemelos, para ver bien al bello tenor.

Es verdad que un Fausto así era el único que correspondía á una Margarita como la Melba. Muy contadas veces en mi vida he sentido la impresión deliciosa, inexplicable que sentí anoche, cuando la Melba y los hermanos Reszké, elevándose á la altura del verdadero génio, transfigurándose, por decirlo así, cantan el hermoso terceto final.



PLAZA * DE * RECREO * DE * BEJUCAL

Ella, sobre todo, cuando lanzó al aire, vibrante, sostenida, clara, la última nota, me hizo experimentar lo que ha dado en llamarse el *escalofrío de lo sublime*. Un aplauso estruendoso y prolongado, coronó la labor esquisita de la cantante eminente. Sólo recuerdo una sensación igual: la que sentí cuando ví morir—realmente—á Sarah Bernhart, en el último acto de *La Dama de las Camelias*, en el teatro de Tacón.

El *Mefistófeles* de Eduardo Reszké es colosal. En voz y en arte es verdaderamente admirable; las frases de elogio—tan repetidas—me parecen pocas para su talento y para su maestría. Yo dejo aquí, envuelto en un montón de palabras huecas consiguado el homenaje de mi admiración; la culpa no es mía; es de la adulación humana que prodiga, rastrera, sus serviles alabanzas á lo vulgar y á lo mediocre.

Ancona, un arrogante Valentin, pero, la verdad no me gustó su manera de caer cuando recibe la traidora estocada de parte del invisible *Mefistófeles*. La Scalchi venció, con su arte inmenso de maestra consumada, las dificultades del papel del enamorado *Siebel*, que no es propio para ella.

A la salida me ví envuelto en una ola de los famosos *cuatrocientos*. Por poco me ahogo en aquel mar de sedas, encajes... y abrigos de pieles. Me cegó, naturalmente, el resplandor de los brillantes que ellas lucían en sus cuerpos gallardísimos y qué pequeño—física y monetariamente—me encontré al lado de tantos *reyes de la banca*. La verdad, los *cuatrocientos* me parecieron *cuatrocientos... mil!*

Elas lucían muy bellas y muy elegantes, pero ellos, á pesar del traje, son ¡todavía!—los mercaderes de la vispera. Cuando salí de aquel mar y coji *puerto* en un carro del cable en Broadway, pensaba más, dicho sea en mi honor, que en los brillantes que acababan de cegarme, en la esbeltez y talento de la Melba y en la gallardía única de Juan de Reszké.

Después, al contacto de la realidad, me volví á encontrar pequeño y... *colono!*

N. York, 1895.

FRANCISCO CHACÓN.



GACETINES

SUMARIO: PROVERBIO TÁRTARO.—COSAS DE LEY.—UN NUEVO MICROBIO.—INTRIGAS JAPONESAS.—SOBRE GUSTOS...—AGUINALDOS.—PRÓXIMO ENLACE.—QUEJA ÍNTIMA.—NI RECUERDO.

Aquél que ama el peligro, en él perece
Por eso el que se casa, se entontece.

Cómo don Juan no quería
apenar con doña Inés...

Pues,
no sé lo que pasaría:
pero sí, que al otro día
le prendieron: y, á otros tres,
optó por la vicaría.
Y no sé nada después.

Asegura Caridad
que Pepe Lanas, su novio,
ha descubierto un microbio:
el de la imbecilidad.

Diz que la charada china
está dando, hace dos meses
un solo bicho... *gallina*
¡Intrigas de japoneses!

Al conocido Juanelo
que anda muy enamorado,
sin tener de tonto un pelo,
le gusta más el Vedado
que el Carmelo.
Y á su suegra doña Efesia,
—una beata con *gripe*,
que toma mucha magnesia—
le gusta más San Felipe...
Por la iglesia.

Estaba hecho unas áscuas
el pobre don Genaro, en estas Pascuas;
pues llegó—entre otros gremios,
que piden con trabuco el aguinaldo—
un conocido ejecutor de apremios,
don Severo Tornillos Baracaldo.
Se negó don Genaro... ¡En mala hora!
Y tuvo que pagar ¡qué disparate!
además de intereses de demora
dos libras de excelente chocolate.

Rosa tiene relaciones,
muy formales,
con el señor Juan Quiñones,
hace diez años cabales.
Con toda seguridad
se casarán algún día...
¡Diez años de... tontería.
es mucha formalidad.

Ingrata me olvidó: tanto egoísmo
me dictó la venganza: hice lo mismo.

Hace ya tanto tiempo: era yo mozo...
por eso no me acuerdo
de aquel amor, que dices, fué mi gozo...
Yo, de esas tonterías
no guardo ni el recuerdo:
pues, ya ves, una historia
es una inmensa sucesión de días,
que se traga insaciable la memoria.
Habla del hoy quiero,
sé franca de una vez... ¿Tienes dinero?

MONTE-CÁRLO.





—¡.... Y cómprame el traje pronto, porque Mamá no espera.
—No, ya sé que no es *pera*; es la manzana de la discordia.



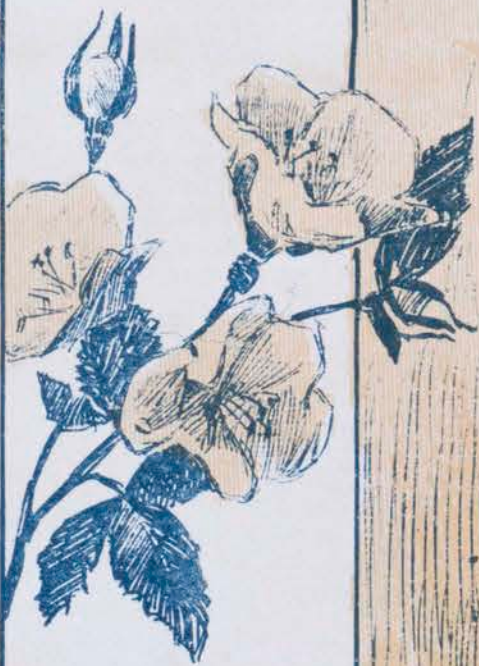
No queda un cepillo,
ya con nada cuento,
llevóse el demonio
mi establecimiento....

Mas teng
luchemos a
nada se ha
me queda e

MALEDADDES.



—Oye, Magín, ¡qué buena pareja harías tu con aquella murenita!
—Quita, hombre ¡Yo no puedo hacer pareja con nadie, ¿Non ves que ya soy
pareja de Orden Público.



¿Con que andan buscándole esposa al hijo del emperador del Japón? ¿Y
cómo no se han acordado de mí?

DEL JAPÓN.
1895.

Mas tengo esperanza,
queda un cepillo,
nada cuento, nada se ha perdido,
e el demonio me queda el betún.
pobrecimiento...



María Herminia Dolz y Martin

—Oh mignonnette enfant au regard scrutateur!

C. K.

Este verso, lema de estas cortas líneas, era el primero de una poesía en francés que empezaba á escribir para *Gris y Azul, Arte*, ó el semanario que la aceptara. Pero apenas había puesto el signo de admiración final, recibo una targetita con el retrato de la niña que precede á la silueta que hoy firmo, y la *mirada es- crutadora* de la niña me decidió á renunciar á la poesía france- sa por el fragmento de prosa castellana.

Pero esa línea parecía convenir tan bien á la *mignonnette* Ma- ría, que la he dejado engarzada al pié de los dos lindos primeros nombres del *joujou* de Dolz.

En el principado liliputiense que EL FIGARO bautiza con el nombre de *Galería infantil*, pocas efigies han pasado que iguallen á esta. Y si me dicen que sí, que han pasado mu- chas iguales en gracia, encanto y belleza, diré que la Habana tiene el privilegio de los niños bellísimos. (Algo había de tener esta Habana, para no ser borrada, un día ú otro, del libro de los pueblos).

María Herminia parece tener tres años. Por la inteligencia que su rostro revela, diríase que tiene diez. Muy alta para la edad que representa. Muy juiciosa para la edad que tiene. To- das las perfecciones.

Su padre es un periodista. Los periodistas la queremos. El que periodista, ante el retrato de esta niña, no escriba artículos muy bonitos y muy salpicados de ternura, hablando de María Herminia,

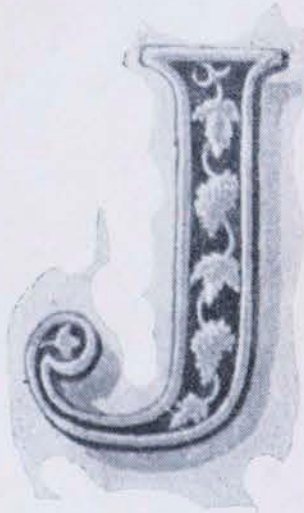
no tiene corazón.

CONDE KOSTIA.



Las . Noches . de . la . Opera

La fiesta de la D'ARNEIRO



USTAMENTE, para reconquistarse la estimación del público que por sus muchas injusticias y no pocos caprichos, per- diera la Empresa Sieni, dióse la fiesta teatral ó función, á beneficio de la señorita María D'Arneiro con la ópera *Un ballo in maschera*.

Ha sido una verdadera manifestación de simpatía y ad- miración la que la ciudad de la Habana ha hecho á la no- ble señorita D'Arneiro. Palcos, lunetas y localidades altas, contuvieron durante la noche del martes, distinguido, be- llo, entusiástico y muy numeroso concurso.

La interpretación de la ópera por lo que se refiere á la soprano *d'obbligo* de la compañía Mary D'Arneiro fué de aclamación en aclamación. Saludaron á la artista al pre- sentarse en escena con aplauso unánime que duró largo tiempo.

La D'Arneiro parece que quiso corresponder dignamente á tan hermosa adhesión pública y cantó de un modo ma- gistral su gran aria y lo mismo hizo en el enorme duo

con el tenor.

Nunca Amelia más digna de aplauso desde hace muchos años se ha visto en Cuba como la que vivamente fué admirada en Tacón en la noche del próximo pasado martes: belleza, distinción, elegancia, todo ello como aña- dura á un gran talento y á unas facultades excepcionales. Su voz siempre entonadísima, límpida, pastosa, de un volumen extraordinario y de exten- sión y de igualdad admirables, de noble timbre que la hace notarse de un modo agradabilísimo entre las otras voces en los números concertados. Si cantar en italiano fraseando hermosamente y ostentando una voz que par- tiendo robusta del *lá grave* hasta el *do diesis* sobre agudo argentino, sonoro, perfecta, indudablemente lo es la señorita María D'Arneiro.

De ahí la unanimidad de juicio favorable á la voz y al arte de esta tiple que interpretó el martes el difícil papel de Amelia en *Un ballo in maschera*. De ahí por consiguiente el aplauso vigoroso que obtuvo en todos y cada uno de los números que cantó la jóven y célebre soprano dramática que el públi- ce habanero considera como la estrella de la compañía Sieni.

En un intermedio de la ópera *Un ballo in maschera* cantó la beneficiada un *Ave "habanera"* escrita por su padre el vizconde D'Arneiro compositor de grandísimo mérito.

Esa bella "habanera" está instrumentada de un modo notable; su música rebusca color local; tiene fresca dulzura y, sin embargo, de ser aerea no deja nunca vacía la orquesta.

El público en su totalidad se entusiasmó tanto con la habanera del viz- conde D'Arneiro y con la interpretación dada por su hija la jóven soprano cuyo nombre figura á la cabeza de la compañía de ópera, que pidió el *bis*, la repetición, con aplauso tan fragoroso como continuado.

Un gran éxito el éxito de la "habanera" del vizconde. En su escena y aria *Ma dall' arido stelo divulsa*, así como en el número *Teco io sto*, 'gran Dío! cantó y actuó la soprano Mary D'Arneiro admirable- mente, que bien puede decirse obtuvo un éxito brillantísimo en el cual han tomado parte plausible los demás artistas de la compañía especialmen- te la señorita Santarelli y el tenor Signorini.

* *

Flores, palomas, objetos de mucho arte y de no poco valor fueron pre- sentados á la señorita D'Arneiro, á nombre casi todos ellos de muy elevadas damas de la sociedad habanera.

El triunfo ha sido tan legítimo, tan hermoso que hizo vibrar de entusiasmo á toda la concurrencia. Hasta las finas y aristocráticas manos de las Fer- nandina se agitaban aplaudiendo vivamente.

Con o dama, la señorita D'Arneiro parecióme elegante en la expresión más elevada y sencilla de la elegancia: ora de negro vestida ó vestida de color de rosa, ella hizo, el encanto de los ojos de los espectadores á los cua- les se escapaba esta exclamación: bella, agradable y elegante figura.

FRANCISCO HERMIDA.

LA LIBERTAD

Crucé del mundo la anchurosa esfera
Del espacio rasgando los crespones,
Y mi manto de virgen en bandera
Convirtieron del hombre las pasiones.

Mi nombre al invocar, en la pradera
Se mezclaba el fragor de los cañones:
Y el manto roto, desprendido el velo,
La tierra abandonó, volviendo al cielo.

ARÍSTIDES SAENZ DE URRACA.

ERROR * HISTORICO

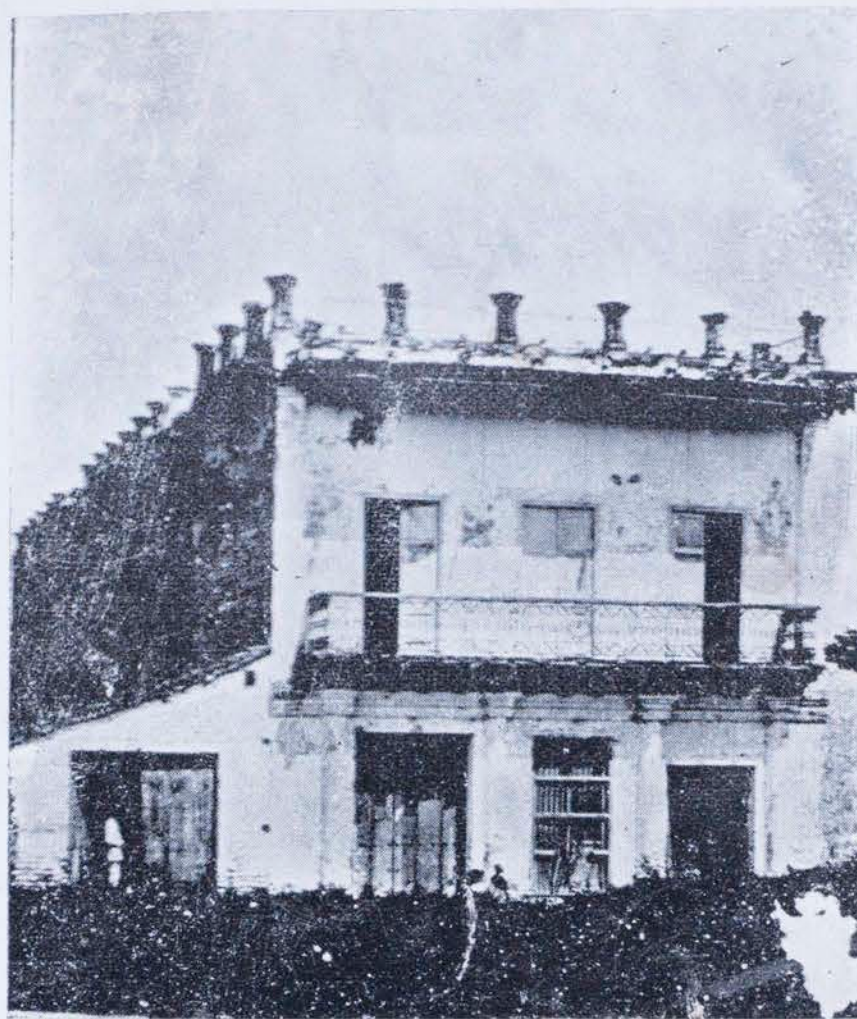
Sr. Director de EL FIGARO.

Habana.

En el número 23 de su excelente semanario, correspondiente al 10 de julio de 1894, he tenido el gusto de ver el parecido grabado que bajo el título de *Casa histórica*, publica usted de la que en Bayamo perteneció á mis abuelos paternos; pero como quiera que la descripción que de ella se hace es completamente equivocada, he creído de mi deber dirigirla estas líneas, suplicándole se sirva publicar en su ilustrado periódico la siguiente rectificación de un error histórico, cometido sin duda por la persona que facilitó á V. los datos.

Mi padre, Carlos Manuel de Céspedes, no nació en dicha casa y sólo la vivió unos cuantos meses. Esa casa fué construida en el año 1843, estando mi padre en Europa concluyendo sus estudios y á su regreso á su pueblo natal en 1844, se alojó en ella por corto tiempo, el necesario para montar su casa en donde abrió su bufete de abogado. Ni siquiera la heredó de sus padres, puesto que se le adjudicó á su hermana menor Francisca de Borja, á cuyo fallecimiento la hubimos su hermano Javier y el que suscribe.

Nació mi padre el 18 de Abril de 1819 en una casa, hoy de dos pisos, situada en el callejón de Mercaderes, la que en esa época llamaban "de la Burruchaga," y



que luego pasó á poder del intendente Medina. Quedaba entonces después del teatro; pero destruida la manzana del teatro por el incendio de Bayamo, da hoy su frente á la Plaza de Armas y la vive el cura párroco de dicha ciudad. También nacieron en ella sus hermanos Javier—que aun vive—y Ladislao, que murió en la guerra.

Mi padre vivió en Bayamo la casa de sus suegros, situada en la calle de Las Mercedes, junto al Telégrafo, cuya casa no se quemó, pero que el Brigadier Menduina mandó destruir hasta no dejar vestigios de ella, y con sus materiales construyó en frente su residencia. En ella vivíamos en el año de 1851, cuando el Gobernador Gómez Rojo prendió á mi padre una madrugada, desterrándolo á Palma Soriano. A su regreso á Bayamo residió en la misma casa y á fines de ese año fué de nuevo desterrado para Manzanillo por el mismo gobernante, alojándonos en nuestra casa de esta ciudad en la calle de Santa Ana número 41, y la cual no vivía ya al estallar la revolución de Yara, porque con la muerte de mi madre, á principios del 68, cambió de residencia para su ingenio "La Demajagua," cuya finca fué también destruida por el bombardeo que sufrió el 14 de Octubre de dicho año.

Le anticipa las gracias y se suscribe de V., Sr. Director, s. a. s. q. b. s. m.,

C. M. DE CÉSPEDES. (1)

[1] Nuestros lectores recordarán, sin duda, el grabado á que se refiere el señor Céspedes en su anterior carta, que publicamos en prueba de imparcialidad. Hemos retrasado su inserción hasta el presente número, á pesar de hacer ya algún tiempo que llegó á nuestras manos, por que deseábamos acompañarla de una vista fotográfica de la casa á que se alude.

BIENVENIDA

Muy cordialísima la enviamos al distinguido escritor y poeta Nicolás Dominguez Cowan, cuyas producciones se han insertado no pocas veces en las páginas de EL FIGARO. Hijo de Cuba, el Sr. Cowan reside desde hace mucho tiempo en Méjico, donde ha creado una familia dignísima y donde vive rodeado de toda clase de prestigios.

Deséamosle todo género de gratas impresiones durante su permanencia entre nosotros.



UNA PAGINA DE HISTORIA

Tal es el título de un libro que su autor, el señor don Gabriel Millet, ha tenido la bondad de remitirnos.

Es un apéndice á la segunda parte (inédita) de *Una pascua en Madrugá*, obra que, como recordarán nuestros lectores, obtuvo resonancia y éxito lisonjeros; y conocidas como son las ideas que el señor Millet defiende, la galanura de su estilo y la delicadeza de sus conceptos, nos creemos dispensados de hacer un elogio que holgaría de seguro, en el ánimo del público, de tan antiguo declarado muy justamente en favor del señor Millet.

La obra ha sido elegantemente impresa por la acreditada librería madrileña de los señores hijos de M. J. Fernández.

Amor

Al comenzar el estío
Y al despuntar la mañana
Va por la orilla del río
En busca del caserío
Y cantando una serrana:

—Tengo un amor tan callado
Tan puro y tan inocente,
Como la mansa corriente
Que se desliza en el prado.

Jamás de los sinsabores
Llegó la triste amargura
A turbar su linfa pura
Entre su lecho de flores.

Y con tan amante prisa
Corren sus ondas suaves,
Que ni las oyen las aves,
Ni las alcanza la brisa.

No enluta noche importuna
Sus encantos virginales,
Que entre sus limpios cristales
Quiebra sus rayos la luna.

Amo con tan dulce calma,
Que no sé por darle nombre,
Si soy el alma de un hombre
O él es alma de mi alma.

Con ese amor se engalana
Orgullosa el pecho mío,
Como gota de rocío
Con el sol de la mañana.

Y ni la nube del cielo
Turba la luz de mi vida,
Ni cruza vaga y perdida
La sospecha en nuestro cielo.

De la tarde misteriosa
A los últimos fulgores,
Le cuento yo mis amores
A la encina y á la rosa,

Y voy alegre y parlera,
Como loca en mi contento
Y digo mi pensamiento
Al bosque y á la pradera;

Con el aura que suspira,
Con la fuente que murmura,
Con el ave que en la altura
En círculo inmenso gira.

Con la leda mariposa,
Con el celaje flotante,
Con todo, mando á mi amante
Una memoria dichosa.

Y me habla del aroma
Que desde los valles sube,
Y me hablan la blanca nube
Y el gemir de la paloma.

Y me habla en el Occidente
El rico manto de gualda
Y la alfombra de esmeralda
Por donde cruza el torrente.

Dice su nombre á mi oído
La brisa con dulce anhelo,
Y yo por causarla celo
Repito el nombre querido.

Entonces, de gozo llena,
Sin que tal encanto cese,
Porque la brisa le bese
Grabó ese nombre en la arena.

Y cuando de allí me alejo,
Vuelvo á mirar con ternura,
Que al irme se me figura
Que hago mal porque le dejo.

Paso noche de contento
Contemplando las estrellas,
Pues miro escrita con ellas
Su cifra en el firmamento.

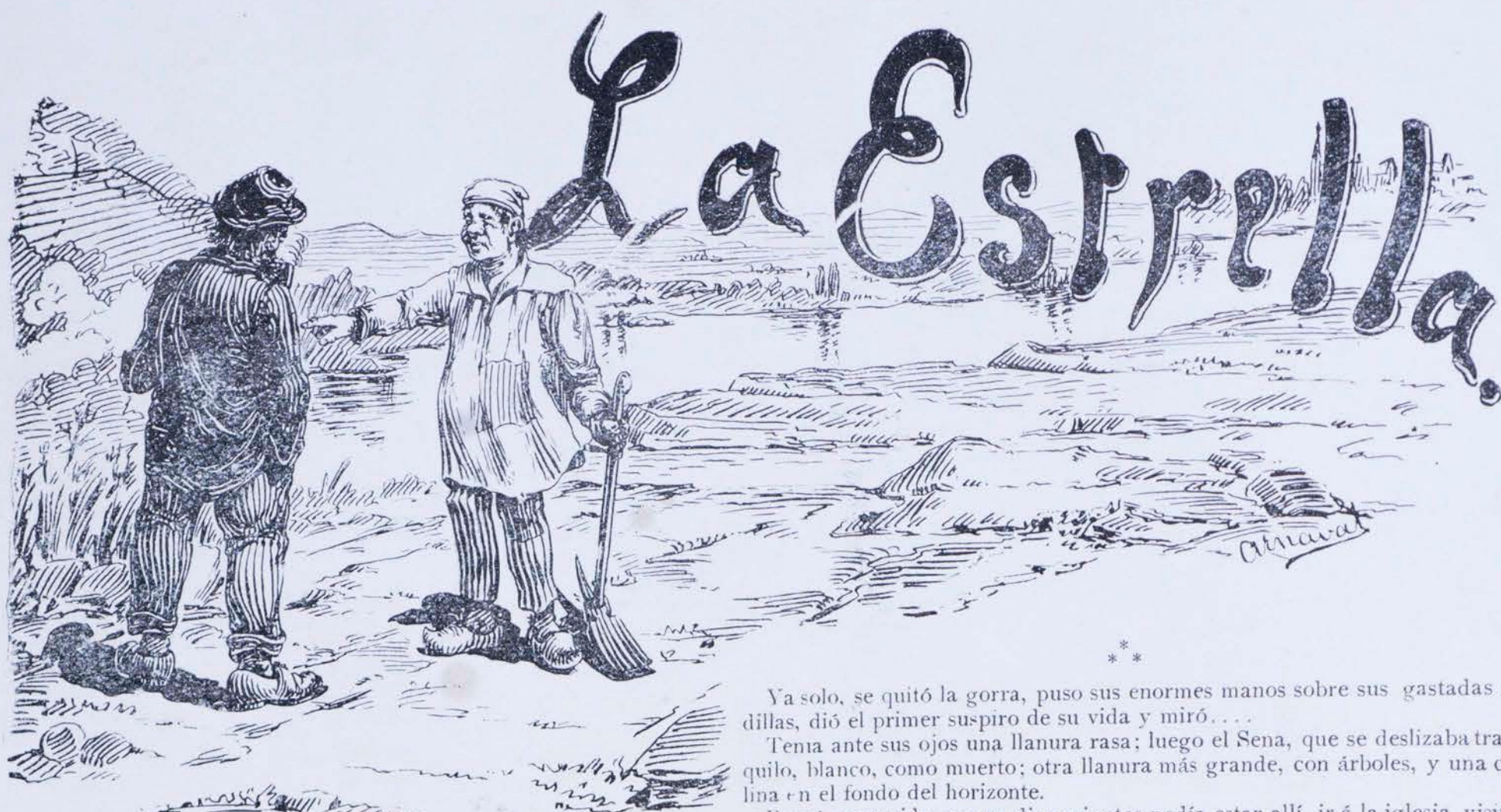
Y en inocente deseo
Tanto mi ilusión se exalta,
Que si una estrella me falta
Me parece que la veo.

Y así pasa mi existencia
Tan dulce, tan sosegada,
Que vive el alma embriagada
De amor con tan pura esencia.

Y este amor es tan callado,
Tan tierno y tan inocente,
Como la limpia corriente
Que se desliza en el prado."

VICENTE RIVA PALACIO





—Hallaremos la aldea de V. después de pasado Bois-le-Roy; está sobre una loma.

—Gracias. Ya V. sabe; vengo del Tonkin. Antes, mi madre y yo habíamos por los alrededores. Durante mi ausencia ha venido a alquilar una casa en Chartret; yo no he puesto nunca los pies en este país funesto.

—Sin embargo, es una bella colina.

—No me hable de tal cosa! Cuando lleguemos, ponga un dedo encima, sin decir nada. Quiere V. saber por qué le digo esto? Pues bien; mi madre ha muerto aquí.

El aldeano hizo una mueca.

—De veras? Es una desgracia? Y cómo se llama V.? Yo conozco á todo el mundo en ese pueblo.

—Jacques Chartier.

Hubo una pausa.

—De ese apellido no conozco á ninguno.

—La llamaban también *la Boisière*.

El aldeano se detuvo.

—La Boisière! De modo, que es V. su hijo?

El forastero bajó la frente.

—Soy su hijo.

Parecía tener treinta años; su barba había crecido desde algunas semanas, roja, como finas puas de erizo. Era, en suma, un hombre feo, de quien uno se aleja; ojos bondadosos, algo ocultos por las profundas cejas; vestía de paisano, muy simplemente, traje comprado muy barato para la vuelta á la aldea; anchas manos negras, y una pipa encendida. Sobre todo eso había tristeza.

—Pobrecito!—dijo el aldeano.

—Sí; supe su muerte....—dijo el soldado—los camaradas de Chartret, en el Tonkin, recibieron cartas.... A mí no se habían atrevido á escribirme, por eso vengo tan tarde....

—Sí;—dijo el aldeano entregado á su idea—la *Boisière*.... su madre de V. ha muerto.

Hablaban y andaban. Bien pronto se encontraron en el camino real.

—Cuando llegue V. allí....—dijo el soldado algo pálido.

Brillaba el sol. Un pájaro en una espesura silbó. Un fresquillo se alzaba del suelo, bajo los zapatos; los campos estaban llenos de flores y de una yerba nueva cuyas puntas palpitaban.

—Aquí,—dijo el aldeano.

El soldado se detuvo. Sus ojos siguieron el gesto. El aldeano dijo:

—Hasta la vista, y buena suerte.

Y el hombre se sentó. Estaba solo.



Ya solo, se quitó la gorra, puso sus enormes manos sobre sus gastadas rodillas, dió el primer suspiro de su vida y miró....

Tenia ante sus ojos una llanura rasa; luego el Sena, que se deslizaba tranquilo, blanco, como muerto; otra llanura más grande, con árboles, y una colina en el fondo del horizonte.

Pensó enseguida que en diez minutos podía estar allí, ir á la iglesia, visitar la tumba y tocar en ella un poco de tierra con los dedos. Veía el campanario entre las casas; una flecha gris que picaba el cielo. Su madre estaba allí....

El pareció decirle: —¿Tú ves? he vuelto; ¿por qué no me has esperado? Y

dulcemente la colina que guardaba á la muerta, le envió su murmullo, en un soplo, como una respuesta.

La gran calle del pueblecito hervía de gente. Él se fué á pasear por ella, escogió una posada y alcabo de tres días un carretero de Bois-le-Roy le tomó á su servicio. La cabeza de aquel soldado parecía la de un iluminado. Era uno de esos personajes que van por los caminos con su corazón en la alforja.

Todas las tardes, después de entregar sus instrumentos de trabajo, se cambiaba de ropa, se lavaba las manos, encendía una pipa, y á la misma hora iba después del mismo saludo, con el mismo paso, por el mismo camino, al mismo rincón.

El rincón aquel desde donde él veía la colina....

Los momentos se adormecían así. Pero he ahí que al dar las ocho, arriba, muy arriba, en lo alto de la colina, se encendía una estrella, un cuadradito de ventana rosada, en la noche. Parecía, en la punta del collado, un cocuyo.

Cinco, seis, siete años pasaron. El buen soldado envejecía; su cráneo estaba blanco, como si en torno suyo los años marcharan cuatro á cuatro, rápidos. La costumbre de un ensueño, á la larga, había cambiado sus ojos, su forma, hasta su color, y bajo los matorrales de sus cejas, de sus pestañas, azules y luminosas, parecían lámparas secretas....

Sin embargo, un día, algo extraordinario le retuvo en el corto prado. La colina, como las noches anteriores, había conversado con él; había oído su murmullo de hojas, sus penas, sus componendas del *Angelus*, pero al caer la noche, la fina llama, la estrella de todos los días no había lucido.

Los días pasaron y la estrella no reapareció nunca más.

El buen soldado sintió en el fondo de su alma una tristeza que podía, matarle.

—¿Qué te preocupa?—le preguntó un día su patrón.

Iba á responder, pero vió en aquel momento un aldeano, conocido en la carretería.

—Dígame—le preguntó—qué luz es esa que yo veía desde que he vuelto á este sitio, hace años, allá arriba; cerca de la iglesia?

—Ya sé—dijo el aldeano;—esa es una mujer enferma que no podía dormir y velaba todas las noches, con una lámpara; porque tenía así como miedo....

—Cómo se llamaba?

—La Boisière.

Entonces el buen soldado se levantó más blanco que la nieve:

—La Boisière! Esa es mí....

Y no se atrevió á concluir la frase.

—Y.... de qué ha muerto?

—Pecó—dijo el aldeano;—de una enfermedad que no se sabe.... algo así como.... En fin, ella esperaba á uno que no ha vuelto más....

Traducción: Conde Kostia.

GEORGES DESPARBÈS.

CRONICA

Sea el primer sitio de mi crónica de hoy el suceso en que se ha concentrado la atención de nuestro mundo elegante en todo el curso de la semana.

Me refiero á una boda. A la boda suntuosa y memorable de la señorita María Susana de Cárdenas y Benítez con el señor don Pedro Arango y Mantilla, solemnidad que parece dejar una de esas impresiones en que el acaso concierta para toda la vida la unión de dos seres jóvenes, igualmente simpáticos é igualmente distinguidos; dos seres en quienes la belleza de una está recompensada por la bondad del otro; novios, en definitiva, para quienes ha cesado de ser un secreto—porque en sus corazones han encontrado la dulce revelación—el triunfo supremo de la felicidad sobre la tierra.

La nupcial ceremonia tuvo brillante celebración el lunes en la capilla de nuestro palacio episcopal ante una concurrencia totalmente selecta y distinguida.

Llegué hasta la capilla en los momentos en que el señor Obispo de la Habana leía la augusta epístola. Mis miradas se dirigían acá y allá, á todas partes, porque todo atraía en aquel severo lugar: el altar, en que la imagen de la Dolorosa aparecía entre las llamas de los cirios y el follaje de las multicolores rosas, el espectáculo de aquella reunión escogidísima y aquel indescriptible cuadro de dos novios que ven cumplidas en una hora las promesas de horas incontables.

Airosa y gentil se destacaba María Susana ante el ara sagrada. Más espiritual que nunca bajo el niveo velo que la envolvía entre la transparencia de sus ondulantes pliegues, en el fondo de sus azules ojos se leía la historia de aquella ventura que alcanzaba.

Yo me fijé en su traje, en su bellissimo y elegante traje, blanco como el alba y de una sencillez encantadora.

Esa *toilette* justifica el renombre de la célebre modista parisiense que lo firma. Unas cuantas líneas bastarán para dar idea eficiente del exquisito gusto y de la ostensible novedad del traje de la señorita de Cárdenas. De raso maravilloso, la falda se extendía desposeída de todo adorno y sólo con un pequeño vuelo de *chiffon* que se recogía en forma de pluma. Las mangas vaporosas, el cuerpo cubierto de tules y ramos de azahares sosteniéndose al talle para caer después, como emblemáticas guirnalda, á todo lo largo del traje. Por toda joya, dos hermosos solitarios pendientes regalo del novio.

Vestidas como la novia estaban también sus *demoiselles d'honneur* las encantadoras María Carrillo y Benítez, María Du'Quesne, Blanca Broch y Mercedita Morán, del brazo, respectivamente, de los *garçons* Francisco Arango, Nicolás de Cárdenas y Benítez, Miguel Arango y Pedro Pablo

Guilló. Y unas y otros, señoritas y caballeros de honor, prendían al pecho ó en el ojal de la levita unos pequeños ramos de azahar que son hoy el tono de los matrimonios que se celebran en el París de las elegancias y los refinamientos.

Padrinos:

De mano: la señora Angela Benítez de Collazo y el señor Nicolás de Cárdenas. De velaciones: los señores Marqueses de la Gracitudo.

Testigos:

Por la novia: señor Marqués Du'Quesne y señor Guillermo Collazo. Por el novio: señor Francisco de Cárdenas y Herrera y señor Juan O'Nathen.

Predominaban las *toilettes* de gran lujo. Llamaban la atención, entre otras, las de las señoras de Castells, Célida del Monte, de Ramirez Arellano, Marquesa de Larrinaga, de Lafourcade, Josefina Herrera, Abreu de Goicoechea y María Aguirre Longa.

Entre las señoritas fueron muy celebradas por la propiedad, el gusto y la elegancia de sus trajes Julita Torriente, Elena Herrera, María Carrillo, Hortensia del Monte, María Montalvo y América y Ofelia Weber.

A su vuelta de *Ramos*, la pintoresca colonia que en el término del Mariel posee el señor Colin de Cárdenas, y á donde se dirigieron los novios en el tren de la tarde, se instalaron los nuevos esposos Cárdenas-Arango en un precioso piso de la hermosa casa que en la calle del Prado ocupan en la actualidad las familias de Cárdenas y de Collazo.

Algunos amigos particulares de tan distinguidas familias tuvimos el gusto de visitar este piso y de ver los regalos ofrecidos á la gentil novia en la víspera de sus bodas.

La relación de los regalos es larga y brillante. Manos cariñosas colmaron de presentes valiosísimos y siempre merecidos la canastilla, y entre todos merecen citarse los regalos de joyas y objetos de arte, que recibió en gran número la señorita de Cárdenas, de parte de sus padres, de los señores de Collazo, de su hermano Colin, del novio, del S. Marqués de Santa Susana—tío de la novia residente en Madrid,—de los Marqueses de la Gracitudo, de la condesa de Gibacoa, de Juan Goicoechea, de Pancho Montalvo, de Arango (D. Francisco y D. Miguel), de Blanca Broch, de José María Lasa, y del Dr. D. Antonio Díaz Albertini.

En el gabinete, el mobiliario de oro y *pelouche* ha sido regalado por el novio, y una *vitrine* elegantísima que ocupa el hueco de un testero, había sido el obsequio de las señoras Catalina Varona de Jorriñ y de Yoyó Ramirez.

La alcoba nupcial ha sido amueblada y dispuesta por la Sra. Angela Benítez de Collazo. El *esprit* de esta distinguida dama palpita en todos los detalles del *confort* y elegancia de esa cámara. Dos rasgos que advertí en el arreglo de ese *appartement*: la cama está colocada angularmente, sobre los muros de una esquina de la habitación, y todas las colgaduras son enteramente blancas.

Mi voto—perdido humildemente entre estos párrafos—por la felicidad de los jóvenes y distinguidos esposos.

No por haber dejado de participar de sus encantos, tengo menos gusto en engarzar en esta página la nota de una fiesta de que da cuenta galana Jacobo Domínguez en sus amenas gaceticillas del *Diario*, fecha del lunes último.

Dice así mi querido compañero:

“Bonita fiesta la celebrada anoche en la hermosa y elegante casa de los señores Martínez Ibor, organizada por sus inteligentes hijos y á la que fueron invitados los amiguitos de estos. Mirta Amalia, Rafael y Salvador Martínez Ibor, Alfredo Cervantes y Joaquín Rodrigo interpretaron con mucha gracia dos zarzuelitas originales de Rafael Martínez Ibor, el libro, y de Alfredo Cervantes la música, y en las que se revelan dos talentos del porvenir.

Ornan esta página los retratos de la Sra. Catalina Sureda y del Sr. Saturnino Manjón, de cuyas recientes bodas ha hablado, con sus frases más galanas la crónica elegante.

El FÍGARO rinde este homenaje á los jóvenes y distinguidos esposos; á la que es una dama admirada por su belleza, y al que es un caballero estimado por su corrección.

La última recepción ha sido la del lunes en el palacio del Gobierno Militar.

La señora Aurora Rivera, la noble esposa del General Arderius, fué saludada esa noche por un número escogido de sus amistades.

Después de esta recepción, de la única que se

ha venido hablando en la semana es de la de mañana, domingo, en casa de los señores Condes de Fernandina.

La señora Josefina Herrera de Pulido ha aguardado á que terminaran las funciones de ópera para pasar una temporada en el campo. Mañana, pues, se despedirá de sus amigos de la buena sociedad la aristocrática y amable dama para dirigirse en la próxima semana á uno de los ingenios de su señor padre político.

A la recepción-Fernandina seguirá la del viernes en el palacio del Gobernador General, recepción que promete estar animadísima toda vez que esa noche se dará cuenta del total resultado de la rifa para las moñas donadas por las bellas y distinguidas señoritas que patrocinaron la fiesta taurina últimamente efectuada á beneficio del “Proteccionado de Niños.”

EL FÍGARO se complace en reconocer la galantería de los señores dueños de *La Moda Elegante* sastrería de Obispo 98.

Esta casa nos ha obsequiado con un elegante almanaque de pared que es una figura bellísima, pintada al óleo y con una dedicatoria especial para este semanario. Lo repetimos: agradecidos.

MEFISTÓFELES

MATANCERAS

Gira Padró

Para EL FÍGARO.

El domingo tuvo efecto el paseo campestre organizado por el acaudalado señor Padró. Los excursionistas se reunieron en la morada de la señora Estrada de Morales, punto de partida, donde fuimos amablemente atendidos por los dueños de la casa.

Próximamente á la una, salimos con dirección á la antigua quinta de Latorre, en Yumurí, donde al llegar fuimos obsequiados con un suntuosa *lunch* y exquisitos licores. Una buena y nutrida orquesta nos acompañaba, á cuyos acordes se bailó hasta cerca de las seis de la tarde, hora en que regresamos.

Asistieron á tan simpática excursión, las señoras de Maza, Alfonso, Valera, Casanova, Gutiérrez, Estrada, viuda de Cuní, etc. y las bellas señoritas Beracieto, Cusa Enriquez, Julia y Lola Lamadrid, Blanca Valera, María Cuní, Clarita Caraballo, Elisea Minguez, señoritas Otero, Enma Dubois, Julita Garcia, Rosa Casanova, Estrada, Florinda Bernat, Margarita Tarafa, Hortensia Andux, María I. Zayas, María Maza, Adelita Gutiérrez, Romero Cortés, Alga Schiweyer, Sara Yarini, Estela Giraud, Jimenez y otras.

Según se dice el señor Padró proyecta otra gira para muy en breve.

MARIO.



SR. SATURNINO MANJÓN



SRA. CATALINA SUREDA

La Verbena de la Paloma

DANZON PARA PIANO

Compuesto expresamente para "El Fígaro" y dedicado á sus suscriptores por

Uladarica Alonso

Lento.

The musical score is written on ten staves. The first staff begins with a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a time signature of 3/8. The notation includes various note values, rests, and dynamic markings such as *p* (piano), *sf* (sforzando), and *cres.* (crescendo). The piece concludes with a double bar line and the word *FIN*.

NOTA: he indicado en este danzón el compás $\frac{3}{8}$ por creerlo más adaptado á esta clase de composición musical. Suplico se disculpe la innovación por nuestros inteligentes críticos musicales.